
CAPITULO VIII

Agosto.

Si los novelistas antiguos, que buscaban con tanta afición nuevas costumbres y nuevas gentes, hubiesen conocido el tranvía, ¡cuánta hubiese sido su alegría, pudiendo observar lo que yo desde él observo! Se ven allí esposos lugareños que, al hacer su viaje de novios, dan la vuelta á la línea de las afueras, haciendo doce millas, una tras otra, con la ilusión de hacer siempre un nuevo camino, hasta que, acosados por el hambre, bajan del carruaje, asombrados de la inmensidad de aquel Turín, que no se acaba nunca; montañeses solitarios, que llegan á la Carrera, donde toman otro coche que parte, creyendo que continúa el viaje, y vuelven por otro camino al punto de que partieron, mirando alrededor, estupefactos, como gente llovida del cielo; pobres aldeanos, que durmiéndose durante el trayecto, se despiertan una milla más allá del punto donde debieran bajar, y se ponen furiosos contra el cochero, que debiera haberlos despertado ó, por lo

menos «pregonar la estación», como sucede en ferrocarriles.

Más ameno todavía que esto, y más extrañamente pretenciosas, son las mujeres: veo anotada una nodriza que, no encontrando sitio donde sentarse, no quiere pagar más que cinco céntimos, porque dice que para estar en pie es ya mucho pagar, y que si no, que deben «poner otro vagón»; dos mujeres que, al subir, le dicen al cobrador que haga parar el carruaje frente á la casa del «señor Gaset» ó del «señor Cimusa», gente desconocida, ni más ni menos que si dijera:

—Pare usted ante el Palacio real.

Veo una joven alpina que, bajando en Porta Palazzo con un gran envoltorio, ruega al conductor que la espere, pues volverá en seguida que haya entregado el vestido que lleva á una parienta suya, y se indigna de tal manera al oír las carcajadas de los pasajeros, que los trata á todos de mal educados, con voz clara y fresca. No hay mejor espejo que el del tranvía para ver cuánta ingenua ignorancia corre todavía por el mundo, y para comprender por qué es tan fácil el arte de engañar al prójimo. También pude observar los tímidos, los que no conociendo Turín buscan su tranvía en los cruces de las líneas, piden informaciones aquí y allá, á los cocheros que pasan rápidamente, y no comprendiendo la respuesta, toman un carruaje distinto del que debieran, vuelven á subir á otro, se paran, suben á un tercero, que tampoco es el que buscan, y bajan de nuevo, desesperados y maldiciendo su confusión y la furia infernal de todos y de cada cosa, ante la cual un pobre hombre pierde el tiempo y la cabeza. ¡Oh, pobre gente, de la que se ríe todo el mundo; pobres naufragos de las grandes ciudades, cuánta piedad despertáis, al que bajo

vuestro afán adivina el pensamiento inquieto, que os lleva hacia la *cittadine infauste mura*, de la mujer que os espera en el hospital, del hijo que queréis visitar en la cárcel, del trabajo que buscaréis en vano, ó del pariente ingrato que creéis os acogerá con cariño, y en vez de ésto os dará con la puerta en las narices.

*
* *

Agosto empezó para mí con el descubrimiento de un nuevo uso, para el cual nunca hubiera pensado que sirviera el tranvía. Desembocando del paseo Valentino, en la calle de Niza, subí á una jardinera de la que ocupaban todos los bancos, menos el último, una comitiva nupcial. En el primer banco, estaban el esposo y la esposa: ésta, muy rubia, vestida de blanco, adornada de flores y envuelta en un gran velo; en los otros, una veintena de parientes y amigos, las mujeres con vestidos de seda, y los hombres llenos de pomadas, recién afeitados y con una flor en el ojal; un viejo, con un sombrero de copa del siglo anterior; un sacerdote de aldea y muchachos y chiquillos, vestidos

con los trapos de cristianar. Se comprendía que iban al Ayuntamiento en aquella forma económica, no por tacañería, sino por capricho, por el gusto original de dar pública muestra de su alegría. Todos estaban alegres, efectivamente, como si hubiesen ya festejado el casamiento con muchas botellas de vermouth. Las mujeres charlaban, los hombres sonreían, porque entreveían en lontananza una buena comida, los viejos se alegraban también y las muchachas estaban agitadas. Hasta el cochero y el cobrador, que hablaban con unos y con otros, parecían contagiados por aquella alegría como producida por los vapores de un licor fuerte. La blancura de la desposada anunciaba el espectáculo desde lejos, y hacía que muchos transeuntes subieran al estribo, que saliesen las mujeres de las tiendas, que corriesen tras del coche chiquillos y más chiquillos, que los carreteros y cocheros corriesen sin cesar, y desde lo alto de sus pescantes gritasen:

—¡Oh, qué hermosa rubia! ¡Dios bendiga vuestros hijos! ¡Su belleza es de buen agüero.

Y los cocheros de los otros tranvías saludaban á su colega, en tanto que los pasajeros se volvían á mirar todos á la vez, regocijados y curiosos. Y la comitiva, excitada por la admiración pública, hablaba cada vez más fuerte, excitaba con la voz á los caballos, que iban al galope por la calle Lagrange, más y más excitados por los silbidos del cochero, haciendo ondear como una bandera el velo transparente de la novia rubia, encendido el rostro de vez en cuando por los rayos del sol, que salían de las calles laterales, y parecíame verla sentada sobre un trono, gracias al esplendor de la blancura propia y de la de su traje. Mirando aquel cortejo, parecíame aquello un reclamo de una agencia matrimonial, ó sociedad de

propaganda conyugal, un poco carnavalesca, pero gentil y simpática. Y ¿quién sabe? quizá sea la primera forma de un carro de novias del año dos mil, cuando todo será servicio público, y se casarán con la misma pompa el hijo del colillero que el del ministro.

Unos días después, en todas las líneas respirábase un aire de boda. En las conversaciones de las mujeres y muchachas, y entre los hombres, oíase á cada momento un *él* y un *ella*, respetuosos, como si se tratase de los esponsales de Adán y Eva, de un un Adán y una Eva que debieran engendrar una nueva generación, más perfecta y más pura. Oía también noticias vagas y comentarios fantásticos acerca de una belleza femenil que ninguno había visto, pero hacia la cual parecía que todos tuvieran el alma llena de admiración. Estaba una mañana en la jardinera de la línea de Lanzo, de pie al lado del cochero, y estando de perfil veía un grupo graciosísimo. En uno de los primeros bancos había dos hermanas de la Caridad, con los ojos bajos y los brazos cruzados; detrás de ellas cuatro muchachas del pueblo, y cerca un cobrador de Telégrafos. En la plaza de Carlo Felice subieron al lado de las dos monjas dos señoras elegantes que, apenas sentadas, abrieron un periódico ilustrado que acababan de comprar, y miraron con gran atención la primera página. Volvíme un momento después y vi á las cuatro muchachas en pie, que alargaban la cabeza movidas de curiosidad, inclinándose aquí y allá para ver el periódico, tan pronto tapado como descubierto por los sombreros de las señoras. Miraban todos el retrato de la princesa Elena de Montenegro. Era el primero que llegaba á Italia, y que todas aquellas mujeres veían

Carrozza di tutti.—Tomo II—4

por la primera vez. La escena era curiosísima. Las miradas agudas y reflexivas y los labios de las dos señoras revelaban un análisis detenido, acompañado de dudas y de reserva de crítica meticulosa; la risa muda y casi resplandeciente de las muchachas, expresaba una curiosidad más viva. Las dos monjas eran las que no habían vuelto la cabeza; pero no podían disimular su deseo de ver, y lanzaban sobre el periódico ojeadas rápidas y oblicuas, como sobre una cosa prohibida. Hasta el cochero volvía la vista atrás, y el cobrador, de pie en el estribo, alargaba la suya, y el telegrafista levantaba la cabeza sobre las espaldas de las muchachas.

En un momento dado, bien fuese para respirar más libremente, bien por benevolencia innata, las dos señoras alargaron cortésmente el periódico á sus vecinas, que le cogieron con rapidez, examinándolo con placer, y se inclinaron todas á un tiempo con las cabezas agrupadas, empezando una charla vivísima. El tranvía pasó delante de la estación de Puerta Nueva, de donde salía una gran oleada de gente, de ómnibus y de carruajes, dió vuelta al paseo de Génova, enfrente de la gran muralla azul de los Alpes, y se hundió entre los árboles y los edificios sonrientes del paseo del Rey Humberto, y las cuatro muchachas continuaban su examen, sin levantar la cabeza, pero ya sin hablar, como si después de haber desfogado su primer impulso estuviesen ahora absortas en mútua contemplación inmóvil y silenciosas. Se veían pasar por sus ojos la admiración, la simpatía, el sentimiento de la distancia inmensa que separaba sus personas de aquella retratada; el esfuerzo de la fantasía con que buscaban en aquel rostro las señales de una predestinación gloriosa, el pensamiento de las grandes fiestas, de la

felicidad sobrehumana que esperaba á la primera, la envidia tímida y reverente de una vida que ellas imaginaban de esplendor, de triunfos, de alegrías, y hacia la cual no podían aspirar ni aun en sueños. Yo no podía apartar los ojos de los suyos, y al pensar que otros miles de muchachas, que otros millares de criaturas humanas, de todas edades y de diversos estados, estaban en aquellos días pensando afanosos en aquella imagen, y que ésta, que era la de una muchacha ilustre y de tipo gentil, sí, pero desconocida al cabo, era comentada y contemplada tan religiosamente como no lo fué nunca ningún héroe, ningún hombre de genio, ningún bienhechor de la humanidad, en ningún país y en ningún tiempo, sentíme presa de un estupor profundo, como ante un gran misterio, como ante la intuición confusa de algún instinto, todavía no descubierto en el alma humana. Dominado todavía por este estupor, no aparté mi mirada de aquellas cuatro muchachas que se acercaban al suburbio solitario de la Crocetta, hablando calurosamente de aquel retrato, como si llevasen ya consigo la explicación de aquel misterio.

UNIVERSIDAD DE CHILE
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS FÍSICAS Y MATEMÁTICAS
"ALFONSO VIAL"
Apto. 1026 MONTEALEGRE, SANTIAGO

• • •

Dos días después (recuerdo que era el día de la muerte de *La Reforma*), habiendo caído el quincuagésimo chubasco de la estación, empezaron á

salir de nuevo los carruajes cerrados y me encontré al mediodía, en la línea de la barrera de Casale, sentado enfrente de la estudiante de medicina, que estaba junto á varios señores y señoras que la observaban sin hablar. A cuantos no la habían visto nunca, causaba la misma impresión que me había producido á mí; pero sobre aquel rostro blanco y puro, con una pureza de virgen ideal, me parecía ver alguna cosa insólita, la señal de un pensamiento nuevo y vivo que cambiaba de sitio, apareciendo tan pronto en los ojos como en la frente ó sobre los labios, bien así como una sombra que se deslizara sobre un agua límpida y serena. Sus grandes ojos continuaban, sin embargo, posándose sobre la gente con una expresión incierta de quien mira cosas lejanas, que no embargan su pensamiento, y su boca con el labio superior ligeramente marcado, conservaba aquel aire infantil, indefinible, que patentiza la ignorancia del beso amoroso. Con una de sus manos acariciaba el pétalo de un nardo que tenía en el pecho; y vi que eran muchos los que miraban atentamente aquella mano larga, blanquísima, casi diáfana, que parecía debía disolverse al sentir el apretón de la mano de un amante. Y con aquella mano acariciaba ella las cabezas truncas; con aquella mano arrancaba la piel de las piezas anatómicas que estaban sobre la mesa de disección, y esa misma mano se ensangrentaba buscando los músculos y los nervios en la carne infecta de los cadáveres mutilados. No sentía, sin embargo, ninguna repugnancia por aquella mano, como si ningún sucio contacto pudiese manchar, como si ninguna impureza pudiese atacar la blancura virginal de aquellos dedos, del mismo modo que no podía, á juicio mío, penetrar en su alma ninguna de las bajezas de la vida y del mundo. Tales pensamientos me asaltaban obser-

vando el movimiento de aquellos dedos que parecían pétalos de un lirio agitado por la brisa, cuando en el último tercio de la calle María Victoria, el tranvía se paró á un signo de una muchacha esbelta y bien compuesta, una morenita que llevaba un sombrero rojo, adornado con impertinentes plumas de gallo, la cual subió rápidamente y se sentó en el único sitio que quedaba libre, es decir, al lado de la estudiante.

¡Qué imprudencia! He aquí un peligro que no había advertido y que presenta la *Carrozza di tutti*, á las pecadoras. Si saliendo de donde salía aquella muchacha, hubiese seguido la calle á pie, de fijo que á muchos se les hubiese ocurrido el pensamiento que se me ocurrió al verla; pero mirada rápidamente, no se hubiese encontrado expuesta, como lo estuvo en el coche, á las observaciones detalladas de muchos ojos inquisitoriales, para los que la comunidad visible de una misma sospecha, cambiaba la sospecha en certeza. Era una novicia, y se comprendía bien, porque apenas recibió la primera descarga de todas aquellas miradas que no había previsto, se turbó y trató de disimular su turbación volviendo la cara hacia la calle, leyendo los anuncios, mirando el abanico y fingiendo no advertir que era el objeto de la curiosidad general. Pero en vano, porque á pesar de haber dado cinco pasos solamente, respiraba como si hubiese dado una corrida, y lo que no decía su respiración anhelosa, lo decían las pupilas húmedas, las mejillas rojas, los labios febriles. Había ciertamente allí personas delicadas que advertían la inconveniencia, la crueldad de observarla todos á un tiempo y de atormentarle de aquella manera; pero siendo la curiosidad más viva que la compasión, las miradas insistían, acusando el trabajo impúdico de las imaginaciones, hasta el punto de que en el ros-

tro de ella sucedió á la vergüenza la irritación y luego un aire forzado de audacia y de desafío, la tentación visible de decir en voz alta:

—¡Pues bien, sí! ¿Y qué? ¡Sois un atajo de indiscretos y de insolentes!

Y de empezar una distribución circular de bofetones.

La estudiante únicamente fué la que pareció no verla ni advertir que los otros la mirasen, como si no hubiese entrado nadie; ni una vez sola volvió su mirada hacia ella, ni una sola sombra, exceptuando la de su primer pensamiento, pasó sobre su rostro blanco é inmóvil. Nunca comprendí, no sentí nunca, cómo comparando aquellos dos rostros vecinos, la superioridad infinita del encanto que viene del alma, sobre la fuerza que tienta los sentidos. Aquélla resplandecía después de la comparación con una luz maravillosa de belleza, de gracia y de dignidad que la hacía aparecer como una criatura de una raza superior, á la cual, de buena gana, se besara la frente, echando hacia atrás las manos.

Voy á hacer algunas observaciones que pueden convenir á los que acostumbran á pasear en tranvía.

Dedico la primera á los jóvenes.

—«Cuando se está de pie en la plataforma pos-

terior de una jardinera, en compañía de un amigo, no se debe expresar nunca la admiración que causa la belleza posterior de una mujer, sentada en uno de los bancos, porque entre los pasajeras que están de pie en la misma plataforma, puede hallarse alguno á quien el requiebro no guste.»

Ejemplo. Un jovencito:

—Mire qué hermoso es el cuello de aquella mujer, la primera á la izquierda del tercer banco, con aquellos ricillos en la nuca. ¡Qué precioso cuello! De buena gana le pondría un collar de besos...

Un señor del lado, con voz seca:

—Le advierto que es el cuello de mi mujer.

Otro consejo á las señoras:

«Estando en el tranvía, cuando se entra en una plaza, no tomar nunca para sí las frases admirativas de un pasajero si en aquella plaza hay un monumento.»

Ejemplo:

Sube una señorita en un carruaje cerrado en la plaza del Estatuto, y en el momento en que entra por la puerta delantera, su sombrero intercepta la visual que de los ojos de un forastero sentado en el fondo, va á la cima del monumento de Frejus, en el mismo instante en que aquel dice á su compañero:

—¡Mira qué hermoso ángel!

La señorita se ruboriza; el compañero contesta:

—Lo ha modelado Tavacchi, y está fundida en el arsenal...

Y la señorita se sienta muy corrida.

Un tercer precepto que puede aprovechar á todos:

«Saliendo de casa, no tomar nunca, por desgracia que se vaya, sin previo examen, un puñado

»de monedas de cobre que encontréis en un rincón de la gaveta.»

Cometí ese descuido, y por desgracia subí á un tranvía donde había mucha gente y un conductor barbudo que tenía el aspecto y los modales de un fiscal malhumorado.

Me devolvió la segunda con una mirada severa, diciendo:

—También ésta es argentina.

Devolvióme la tercera, mirándome de la cabeza á los pies, y exclamando:

—Es griega.

La cuarta era romana; la quinta de Pío IX...

Había tomado un puñado de monedas fuera de uso y ya apartadas por precaución. Todos me miraron; ninguno creyó que por casualidad hubiese tratado de pasar aquellas monedas. Me ruboricé como un muchacho; mi reputación quedaba perdida sin remedio. Si hubiese estado allí mi Guyot, ¡cómo se hubiese regocijado!

¡Pobre Guyot! Debe acordarse todavía de la fecha de la captura del «Dæltwich,» porque aquel día pasó un mal rato. Verdaderamente fuí cruel;

pero él se tuvo la culpa; debía seguir la calle á pie antes que venirse á sentar en aquel puesto vacío que quedaba en la jardinera, entre mí y el jovencito que tenía desplegado *El Grito del Pueblo*. Lanzóme á mí una mirada y otra al diario, y se estrechó y se empequeñeció para evitar nuestro contacto, y entonces fué cuando aquella acción provocadora desencadenó mis instintos feroces. Para vengarme, y para redoblar su tormento, saqué del bolsillo y desplegué *La Lucha de Clases*. Le sentí estremecer como un hombre á quien se le apuntan dos revólvers. ¡Fuí implacable! Pero por poco rato. Un pensamiento más levantado acudió á mi mente. Pensé que era tonto maravillarse del lento camino que hacen en el mundo las ideas más grandes y benéficas, puesto que tenía al lado una prueba tan viva y evidente de ello. Era un hombre que durante toda su vida no había leído un periódico ni un libro socialista; nunca aceptado ni querido oír una discusión sobre aquella idea; que había pasado á través de todo este gran movimiento social con los ojos cerrados y los oídos tapados, á propósito, como artículos de fe, todos los prejuicios más calumniosos é insensatos que contra la nueva doctrina, y quienes la profesan, habían esparcido unos mal intencionados; que no hubiese comprendido nunca, ni indagado siquiera, si aquellas palabras «lucha de clases», podían tener un significado distinto del que le habían dicho; que habría sonreído con compasión si se le hubiese dado á entender que aquella era una verdad de todos los tiempos, una necesidad histórica manifiesta, un hecho que no existe porque se quiere, sino porque debe existir, como el curso de los ríos á la mar, y la ascensión de los vapores al cielo; y

que en virtud de aquella lucha, poseía él aquellos derechos de ciudadano que sus padres no habían tenido, y que era esa misma lucha la que combatía él con todos sus pensamientos, con todos sus sentimientos, y con sus actos todos, desde que tenía uso de razón. ¡Pobre Guyot! ¿Qué culpa le cabía? Era de buena fe; lo advertí en el movimiento que hizo para tomar el billete del cobrador, levantando el brazo con gran cautela para no tocar aquellos dos papeles execrados, en los cuales creía que se predicaba el exterminio y el infierno. ¿Para qué cerrar contra él si odiándonos á nosotros cree odiar sinceramente la perversión y el delito? Pensando esto, y movido por un sentimiento de piedad, doblé de nuevo el periódico y me lo metí en el bolsillo. En el mismo instante bajó el joven, Guyot tomó un sitio para apartarse de mí y lanzó un suspiro de alivio, como un Cristo despegado de la cruz. No tenía ya al lado sino á uno de los ladrones.

*
* *

Durante tres días seguidos encontré la *Carrozza di tutti* bajo el influjo de Venus. Corría el tranvía por el último trayecto del paseo Casale, don-

de á través de las sombras de los grandes olmos que parecen subir hasta el cielo, se vé entre los fustes olmeados, como por los vanos de una selva de columnas, relucir el Po cubierto de barquichuelas de pescadores. Aquí y allí, sobre los bancos de la jardinera, estaban sentados un bergaglieri, un anciano architinto, dos músicos con las trompas sobre las rodillas, una aldeana con un conejo entre los brazos, y en el centro una muchacha y un joven, que reconocí en seguida por sordo-mudos, enzarzados en un coloquio amoroso. Amoroso, sin duda alguna: los ojos lánguidos y las mejillas encendidas de ella lo decían. Tenía magnífico aspecto: un rostro ancho, pero de expresión infantil, una sonrisa extraña, extraña, como el que sonríe sufriendo, pero simpática; un busto fuerte y bien formado. El espectáculo era nuevo para mí, y le pude gozar durante largo rato. Había observado otras veces aquella mímica misteriosa de los magnetizadores y cabalísticos, aquellos gestos vagos del que dibuja en el vacío ó parece amenazar ó bendecir una invisible figura; pero no tenía idea del colorido, de la modulación singular que á aquel lenguaje aéreo puede dar la pasión. En los gestos de ella particularmente, había un no sé qué de mórbido y de gentil, y hasta en los movimientos más rápidos, alguna cosa intraducible que parecía corresponder al temblor, á la languidez de la voz, á las notas argentinas y casi involuntarias que surgen del pecho conmovido de una muchacha que hable. Su mano se movía por el aire, describía curvas graciosas, caía sobre las rodillas con un abandono grande ó con una vivacidad graciosa, y su mirada, mientras gesticulaba el joven, en vez de fijarse en su rostro acompañaba sus gestos como si él tuviera sus ojos en las ma-

nos, con una movilidad, con una vida que traducían la comprensión de su alma. Aquella conversación de dedos y pupilas me atraía, me hacía pensar en la singularidad de un amor que no conoce la dulzura de las palabras susurradas al oído; que en el momento en que la pasión busca las expresiones más ardientes y pronuncia las palabras más suaves, nada puede decir, ni siquiera á su modo; de un amor en que la amplitud trunca la comunicación del pensamiento y los dulces apóstrofes de «ángel, corazón mío, alma mía», salen del alma sin música y no restan en el alma sino en forma de dos almas agitadas. La mímica del joven entretanto se aceleraba, como si al bajar del tranvía hubiese tenido que separarse de su amiga y quisiera aprovechar el tiempo; ella no hacía sino ademanes lentos y cortos, casi siempre los mismos, como la repetición de una frase ó de una palabra acompañada de una sonrisa continua, incierta y dulce. ¿Era una negativa? ¿Una promesa? ¿Una expresión de duda? Ambos estaban excitados, pero aunque sintieron sobre ellos las miradas de todos, no dieron muestra alguna de timidez ni de sugestión, como si los presentes les parecieran gentes de otro mundo, con la cual no pudiesen tener ninguna relación de sentimientos, como si ninguna palabra pudiese llegar á su alma, como si una distancia inmensa les separase de todos aquellos otros seres. Luego «callaron» á un mismo tiempo los dos. Ella se volvió para mirar primeramente la cascada del Po, de la cual no sentía el rumor, después los olmos de la orilla, donde cantaban pájaros de los cuales ignoraba el canto; luego las trompas de los músicos, que eran para ella un instrumento misterioso, como un aparato eléctrico para un salvaje. Cuando el tranvía entró en la plaza de Víctor

Manuel, volvieron á hablar de nuevo. Parecía que él le hiciese alguna calurosa recomendación y ella asintiese. Después hizo parar la pobre muda, y estrechando la mano á su compañero, bajó, enderezando sus pasos hacia las arcadas. El se corrió hacia la extremidad del banco y la siguió con los ojos, con una sonrisa de curiosidad amorosa y compasiva, hasta que desapareció. El cobrador, que estaba en el estribo al lado de él, guiñóle un ojo, y volvió la cabeza como para decirle:

—¿Es tu novia, eh, pillastre?

Pero quedó tan estupefacto como yo, oyendo que le respondían con voz llena y con perfecta pronunciación, con acento afectuoso de compasión y de respeto:

—¡*Povra fia!* (¡pobre muchacha!)

¡Solamente era muda ella!

*
* *

¡*Amour, toujours!* como dice la canción. Fué éste un buen caso (no raro, según me dijeron), de persecución amorosa. En el paseo de Víctor Manuel, una señora muy guapa para la jardinera con un *alto* imperioso, sube con ímpetu y se

sienta á gran velocidad; pero apenas habfan reanudado la marcha los caballos, cuando saltó á la plataforma trasera un elegante, con el sombrero de alpinista y los lentes sobre los ojos, que se quedó allí como un poste, con la mirada fija en la señora, de la cual le separaban seis bancos, esperando sin duda que hubiese un sitio vacío. En el cruce de los paseos Víctor y Humberto, quedó vacío el sitio deseado, detrás de la señora, y entonces él, ágil y con el rostro impertérrito, corrió por el estribo y se sentó á espaldas de ella, que lo sintió sin verlo y dió un respingo, como si le hubiese picado una avispa. No había pasado un minuto cuando se vió venir el tranvía de las afueras. En aquel momento mismo, el perseguidor empezaba á adelantarse como quien va á espetar una declaración; pero he aquí que la señora dá una sacudida con la siniestra mano á la correa de la campanilla, y con la diestra, blandiendo una sombrilla, indica al otro cochero que páre. Los dos carruajes se detienen; la perseguida salta, sube al otro tranvía, al que sube como un relámpago, y el perseguidor obstinado hace la misma operación que ella, saltando en el mismo tranvía que tomó la fugitiva.

La escena, que pudieron presenciaria todos, despertó un murmullo, del cual salieron estas exclamaciones:

—¡Qué descaró!

—¡Pues está bien!

—¡Esto es una indignidad!

—¡Debiera haberle roto la sombrilla en la cara!

Un buen señor dijo que debía establecerse un servicio de carruajes de salvamento, para señoras solas, circulando por las principales calles; pero un amigo mío, que estaba á su lado, aquel de los siete pecados capitales, le hizo observar con una sonrisa sarcástica que hubiese sido un «ser-

vicio pasivo», y añadió, que, según él, lo que debía establecerse era otro servicio especial de tranvías cerrados, por el estilo de los coches celulares, que darían á los accionistas un gran dividendo.

—Coches... ¿para qué servicio?—preguntó el otro.

—¡Ah! ¡Lengua sacrilega!—respondió.—Para un servicio... opuesto.

*
*
*

Todavía el amor. Veo en el primer banco dos cabezas juveniles, tan cercanas, que me aparecen sobre la espalda del cochero, como sobre el fondo obscuro de un cuadro. Una rubia dorada, sin sombrero; otra con un gracioso sombrerillo adornado con tres gardenias, que deja casi descubierta una gran mata de pelo negro, brillante y fresco, que parece un turbante de terciopelo obscuro. Desde la plataforma donde estoy yo, no puedo ver el rostro de los dos jóvenes, pero comprendo por su actitud que se hablan sin decir nada, solamente para acariciarse con las palabras y besarse con la voz, sonriendo á las gentes, á las casas, á los árboles, al sol, como para dar

gracias al mundo de su propia felicidad. De repente, la cabeza rubia se vuelve hacia atrás y reconozco á mi tipógrafo entusiasta del 1.º de Mayo, que apenas me vió, se levanta del banco, salta de un brinco sobre el estribo y viene hacia mí, en tanto que la cabeza negra, volviéndose con curiosidad, me muestra una adorable carita de dieciocho años, roja por la pasión y en la cual parece que brillen, no dos, sino diez ojos.

—Héme aquí. Buenos días. ¿Qué me dice del Congreso de Londres? ¿Ha visto? La mayoría de todos modos ha aceptado el programa socialista...

Pero yo, de buenas á primeras, advertí que no había venido hacia mí para hablarme de los asuntos de Inglaterra. Y después de preguntarme algunas cosas acerca del partido, sin esperar la respuesta, me anunció de tenazón su matrimonio. Se había casado hacía un mes y siete días; no especificó las horas.

—Pero, no crea—se apresuró á añadir,—seré siempre el mismo... Es una mujercita muy inteligente, ¿sabe?

Y me explicó toda su historia.

Era una obrera instruída, que había hecho los primeros cursos en la Escuela Profesional; se habían conocido el invierno pasado en el *Nacional*, donde había ido ella con su padre á oír una conferencia sobre el trabajo de las mujeres y de los niños. La madre había hecho alguna oposición al principio á las ideas de la muchacha; pero había acabado por consentir, enamorada como él de aquella cara. ¡Oh, la conocía bien y estaba bien seguro! No era de aquellas que se dicen socialistas para llegar al matrimonio y que después de atrapado un marido replegan la bandera y adiós conferencias, oblações y reuniones. En aquella cabecita, las ideas germinaban limpias y

bien planeadas; era una compañera de conciencia y de corazón. Si todas hubieran sido así, no hubiera tantos compañeros en mala situación.

Y continuó haciendo su elogio, lanzándola largas miradas que iban desde las gardenias de su sombrero hasta las dos pequeñas manchas que relucían debajo del banco. Luego, pareciéndole haber truncado demasiado bruscamente su primera conversación, se puso de nuevo serio para calcular que en el Congreso los ciento setenta y cinco delegados de las «Uniones de los Oficios», representaban unos ochocientos mil socios organizados, en tanto que los otros trescientos delegados ingleses, no representaban quizás doscientos mil... Pero vi tan claro que otra «Unión» la que en aquel momento le preocupaba, que piadosamente le dí la excusa que buscaba, advirtiéndole que le iban á pillar el sitio. En un instante se encontró sentado junto á su bella socialista, con la cual entonó de nuevo el dúo interrumpido, sonriendo á la gente, á las casas, á los árboles, al sol. Los buenos burgueses, que miraban con simpatía á aquel muchacho enamorado y feliz, estaban muy lejos de pensar que perteneciera á la secta horrible que quiere, entre otras instituciones, como ellos dicen, la de la «Mujer en común». ¡Con qué inmunda gente nos pone en promiscuidad, sin saberlo, la *Carrozza di tutti!*

*
* *

A la influencia amorosa sucedió en el tranvía una influencia maligna. No vale huir por las calles sin tocar apenas tierra y sin mirar á nin-
Carrozza di tutti.—Tomo II—5

guna parte: la miseria, la desventura, el dolor, os sigue, os atrapa, hace imposible que huyáis, y os obliga á mirarlos cara á cara. Pareció el estallido de un rayo, entre toda aquella gente alegre que llenaba la jardinera de la línea del Puente Isabel. El pobre cochero bromeaba y reía con un amigo suyo, cuando llegado á la plaza Carolina, al apretar con toda su fuerza el freno para no chocar con un carro, dejó escapar la manivela, la cual, girando rápidamente, le dió en el costado derecho, y le tiró entre los brazos de los pasajeros, pálido como un muerto. Todos creyeron que había muerto; se escapó un grito de dolor entre los pasajeros; una señora se desmayó, unos niños se echaron á llorar. Acudieron el cobrador y un guardia, algunos de los pasajeros bajaron, y tomando por los hombros y piernas al herido, le llevaron como un cadáver hacia la farmacia más próxima. La transición brusca y espantosa de la expresión de la fuerza y de la alegría de aquel hombre, á la inmovilidad lacia y lánguida de todos los miembros, que tenía toda la apariencia de la muerte, sobrecogió á todos los presentes con un sentimiento de terror, é hizo palidecer todos los rostros, como si todos comprendieran por primera vez la misérrima fragilidad de la vida; y luego una gran piedad acompañada de un murmullo doloroso, hasta que desapareció entre una multitud curiosa que rodeaba al conductor, curiosidad frenética de la desgracia, que demostraba el sentimiento que había producido lo ocurrido á aquel hombre. Uno solo de los pasajeros, un hombre alto, seco, pelo gris, con el rostro de color bilioso, con anteojos ahumados, alzó la voz entre aquel murmullo de piedad, esforzándose en vano en disimular la violenta sacudida que le había producido aquel espectáculo

en los nervios. ¡Oh! pobre naturaleza humana, cuándo te caerá la máscara. Oyéndole parecía que la culpa fuera del cochero.

—¡Vaya un rato que nos ha hecho pasar! Dichosa gente que no hace más que distraerse y arriesgar la vida... ¡Un hombre medio muerto y luego el espanto que ha producido entre los pasajeros! ¡Esto á mí me dá mucha pena! ¿Y cómo no? Pero que pongan atención, en nombre de Dios, aunque no sea más que para evitar al público esos espectáculos... Parece que lo buscan... Un día hay un choque, otro día es el freno el que se escapa... Siempre lo mismo... Esto no es vivir... ¡Hay que tener una paciencia!..

Subió entonces el revisor, y volvió al mismo tiempo el cobrador, quien tomando las riendas, anunció que el cochero había vuelto en sí. Todos respiraron; el tranvía marchó de nuevo; pero el señor de los anteojos ahumados parecía que estaba enfadado. Se comprendía por qué: aquel incidente hubiese despertado su piedad en vez de enfadarle, si hubiera ocurrido tres horas antes; pero era la hora del almuerzo, y el apetito por aquel día se había perdido sin remedio.

—¡Ah, torpe, animal!—le dijo de todo corazón.

Pero estas palabras despertaron dentro de mí un eco inesperado, como de una voz severa que me decía si había en el mundo un solo hombre tan perfecto que durante el curso de su vida no se hubiese irritado alguna vez en lugar de apiadarse de las desventuras de sus semejantes, por parecidas miserias, ó por viles é indecorosas razones... Y aquella voz hizo que bajara yo mi frente.

Así como de la superficie plácida y azul del mar emergen aquí y allá las cabezas deformes de peces, y los tentáculos horrendos de los pulpos, así también en la vida de la ciudad, que generalmente transcurre en paz, rompe de cuando en cuando y de improviso, esa paz, la violencia de la barbarie, el delito, la muerte, para recordar que bajo ese orden y esa armonía aparentes de la civilización se encubre siempre la lucha eterna de las pasiones y las fuerzas enemigas. En las horas de la siesta, el tranvía va despacio bajo los rayos abrasadores del sol por una calle solitaria, arrastrado por dos caballos sudorosos, que parece que se acaban de amodorrar bajo el ruido cadencioso y pesado del propio paso; una lavandera robusta sentada en el fondo del carruaje sobre un enorme lío de ropa, al lado de ella un jovencito de dudosa elegancia, ensortijado y con flores en el ojal, duerme con la cabeza apoyada sobre el pecho y el cigarrillo entre los labios; los demás, el cochero, el cobrador, soñoliento; únicamente dos viejecitos sentados enfrente de mí hablan,

pero con voz monótona, comentando la última extracción de la lotería. De repente, en medio de aquella quietud, se escapa un grito salvaje:

—¡Ladrón, ladrón! ¡Te he visto! ¡Eres tú! Dame mi dinero.

Y volviendo la cabeza rápidamente, vemos al joven, que pálido y desencajado forcejea por desasirse de la lavandera, que con una mano le sujeta fuertemente mientras que con la otra le busca en los bolsillos el portamonedas que le ha quitado, gritando sin cesar:

—¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Dame mi dinero!

El cochero pára el tranvía, el cobrador acude, los otros pasajeros se interponen, la mujer se queda quieta, pero sin soltar al joven, un pasajero le registra y el portamonedas aparece...

—¡Aaaah!—exclama la mujer con una sonrisa feroz de triunfo.

El ladrón, con la cabeza descubierta y los cabellos erizados, blanco y trémulo, cesa toda resistencia, mira á su alrededor con ojos estúpidos, y con la mano libre que le queda, arregla su corbata, que se le ha deshecho... hasta que llega un municipal, que hace bajar al joven y á la mujer, y el grupo se aleja por la parte opuesta del tranvía, que emprende de nuevo la marcha, en tanto que se arremolina la gente en los portales y en las bocacalles para ver pasar al ladrón, seguido de una nube de chiquillos. ¡Pensar que durante tantos años de vida no había yo visto atrapar un ladrón infraganti! Aquel espectáculo me revolvió la sangre, como si no le hubiese imaginado nunca en mi mente.

—«Baloss»—oí gritar á mi alrededor.—Ladrón, canalla.

Y durante un gran trecho resonaba en mi corazón aquella invectiva, pero cada vez más ate-

nuante, pues que poco á poco la escena presenciada se iba transformando en mi pensamiento en otra; en la cual la mujer representaba la imagen de la Italia, y el joven ladrón la de un personaje cubierto de condecoraciones y preso, pero en circunstancias diversas: en mi visión los vecinos volvían la cabeza hacia el otro lado para no causar vergüenza al bandido; los de lejos se inclinaban y los guardias le hacían el saludo con la espada.

*
* *

Todavía dura la mala influencia; todavía tengo que apuntar un triste encuentro en el tranvía de la línea Vinzaglio, en la calle de Roma: mi buen Giors, que no mira ya los escaparates de las fondas, que no silba ya el aire de la «Carmen», que no sonrío, que tiene otro rostro que no le vi nunca, y una voz que no reconozco. Después de una parada, hace otra lentamente, y con un acento triste y siempre igual, como si hablase á sí mismo, me dice que su mujer está enferma, que tiene una «enfermedad grave», y que esto le tiene muy preocupado. Esta mañana le dije:

—Vamos, Giors, esté usted tranquilo, todo saldrá bien.

Pero él no queda convencido, y dice que no, con la cabeza y con un movimiento continuo de sus labios. Añade que ayer el médico puso mala cara. ¡Una cara que no hubiese querido ver!

—¡Y cuando pienso—exclama volviéndose hacia mí,—cuando pienso que no hay una mujer igual!... No es la ocasión de alabarla, como comprenderá; pero es justo. Por las mañanas se levanta á las cuatro; durante todo el día trabaja, durante la noche está media, una, ú hora y media esperándome con la cesta en la mano. Y nunca un capricho, nunca una moneda de cobre mal empleada, nunca pensar únicamente en sí, sino en mí y en sus hijos!... ¿Y qué demonios haré yo si me falta?

Después de dar una vuelta al freno, añade:

—Verdaderamente, ¡qué voy á hacer si se muere!

De nada servía darle alientos; el pobre Giors seguía el curso de sus pensamientos sin hacer caso de mis palabras, exclamando de cuando en cuando, con acento de profunda piedad por sí mismo:

—¡Pobre Giors!

Lo que más le atormentaba era que debía estar junto al freno, en tanto que ella estaba allí, sin asistencia, partiéndole el alma la imagen de la casa en desorden y los chiquillos por la calle, y de que su marido no encontrara á punto la comida.

—Y sin embargo, ¿qué he de hacerle? Es preciso comer, antes de todo.

Y al cabo de un rato, como si hubiese descubierto una gran verdad, repetía:

—Sí, es preciso comer.

Y luego empezó de nuevo el elogio de su mujer, recordando todos sus actos de bondad y sacrificios hechos por la familia. Refería que una vez, cuando se encontraba él sin empleo y sin recursos, y tenían ya un niño de dos años á quien se veían precisados á mandar al colegio, una noche, volviendo á casa con un poco de leña que había ido á buscar á una parroquia vecina, vaciló y cayó entre sus brazos.

—¿Qué tienes?—la pregunté.

Ella se echó á reír, y dijo que había pasado por delante de la casa de una amiga suya, que tenía una taberna, é invitada á comer y á beber, había bebido demasiado.

—No es verdad—exclamé,—échame el aliento.

—No; no quiero.

—Es que no has comido—la dije.

Y entonces rompió á llorar. No había comido durante todo el día para poder satisfacer el hambre de los pobres chiquillos.

—¿Por qué no me lo decías?—exclamé. La verdad es que no hay otra mujer como ella. ¡Ah, pobre Giors!

En aquel momento paró para que subiera al tranvía un caballero, y en seguida puso los caballos al paso. El caballero hizo parar de nuevo, y gritóle, mirándole al rostro:

—¡No vé usted, cuerpo de... que vá á subir mi mujer!

Luego, mirándole fijamente, añadió entre dientes:

—Por la mañana, al menos, no debiera usted beber.

Y Giors, con una calma que conmovía más que cuanto me había dicho, replicó:

—Perdone usted, no la había visto. No sé dónde tengo la cabeza.

Y cuando volvió á emprender la marcha, dijo de nuevo á media voz, moviendo la cabeza y mirando á lo lejos:

—¿Y qué hago yo si se muere?

*
* *

Después, durante varios días, encontré á cada uno de mis desconocidos, como si nos hubiéramos dado cita. Una mañana, en la línea del Puente Isabel, encontré al cobrador «marqués», que dedicaba toda su elegancia y atentos modales á una mujer, ya no joven, pero de aspecto señoril, perfumada como un *zibetto*, la cual le seguía con las miradas de banco á banco, como si se sintiera morir. Era una máscara, teñida como una actriz al salir á escena, una de esas mujeres para las cuales empieza al llegar á los cuarenta años una segunda juventud más loca que la primera, y que, por ofuscación de los sentidos y de la fantasía, buscan las aventuras entre gente que esté por debajo de su propia clase, como ciertos borrachos aristocráticos que, llegados ya al final del vicio, se precipitan en la taberna. ¡Ah, incauta! Yo adiviné sobre el rostro de él las huellas de

aquella morena celosa en presencia de la cual le había visto tímido como un colegial...

Vi pocos días después al «tranviófilo» ardiente defensor de la Belga... y, ¡ocupado en qué trabajo! No habría podido pensar nunca que la pasión por el tranvía pudiese llegar á tan alto grado de entusiasmo, hasta llegar á hacer bajar á un *dilettanti*, para ayudar al cochero á poner de nuevo en la vía una jardinera que había descarrilado. ¡Y con qué entusiasmo lo hacía! Con un hombro apoyado contra el tranvía, afianzado fuertemente los pies en el suelo, é hinchado el cuello, parecía un prodigio del infierno dantesco, rojo el rostro, y soberbio de fatiga, como si defendiera una «santa causa».

Volví á ver al poeta, que vino á sentarse á mi lado en el último banco, con una sonrisa plácida; pero esta vez me salvó un obrero, sentado enfrente de nosotros, con una pipa, la cual enviaba al rostro del poeta nubes de humo tan pestífero, que después de haberme tosido en el oído unos versos durante algunos minutos, tuvo que desistir de su empresa, y horrorizado, echarse hacia atrás para poder dar aire á sus pulmones. ¡Oh, maldecida Compañía itálica! Yo te bendigo por lo menos una vez.

Encontré también en la línea de Lanzo, después de cinco meses, á aquel erotomano sereno, del vestido y de los ojos azulísimos, que parecía un pastor evangélico, de pie en la plataforma, ocupada casi toda por alumnas de un colegio, jóvenes de catorce á dieciocho años, con vestidos color lila, y una pequeñita mantilla de seda negra, las cuales conversaban familiarmente de banco á banco, volviendo el busto esbelto como movido por mano invisible, y presentando á sus ojos el perfil gracioso de sus rostros infantiles y de

su pecho virginal. Aquello era para él, indudablemente, la jardinera ideal. Su mirada clara de erótico intelectual, recorría ágilmente todos los cuellos de las adolescentes, y se hundía en aquellas matas de pelo frescas que parecían anunciadoras de la primavera rosada. ¡Cómo gozaba por sólo diez céntimos! Se comprendía que no hubiese bajado ni por cien liras. Pero en la calle de Milán, le distrajo de aquél, otro espectáculo más agradable todavía. En tanto que el tranvía marchaba á toda velocidad, una hermosa morena, de unos treinta años, sin sombrero, con un cesto de flores en la mano, saltó sobre el estribo, y viendo un puesto vacío en uno de los bancos, se lanzó á él y cayó de pie, con una mano aferrada al montante y la cesta en el aire: parecía una artista de circo ecuestre en el momento de recoger los aplausos del público. Era la famosa florista de Porta Palazzo, conocida de todos los empleados del tranvía por su destreza en subir á los carruajes. Una vez que estuvo sentada, admirada por todas las muchachas, pareció que el erótico se recogiera en sí mismo y expresara con la mirada que iban hacia dentro todos sus pensamientos, sumido en una meditación profunda y tranquila, de la cual se advertía la satisfacción que experimentaba por la dulzura de los ojos entornados y de sus labios sonrientes.

Vi también al caballero aquel de la *Gazzeta di Popolo*, no en la acostumbrada calle de Garibaldi, sino en la línea de las afueras, más grueso

y robusto que nunca. Debía *disfrutar* breve licencia veraniega, y hacía aquel trayecto por puro recreo, porque no le había visto nunca con un rostro tan plácido, ni con unos ojos tan alegres. Observaba con su mirada en los paseos y plazas largas filas de árboles, los operarios ocupados en plantar acacias, y á pesar de su serenidad habitual, se advertía la altivez de un viejo turinés enamorado de su ciudad con aquellas líneas rectas, y sintiendo la admiración por la simetría, la complacencia por los buenos servicios municipales, la satisfacción al ver que todos los transeuntes que iban al Po llevaban la derecha, y todos los que venían por el lado opuesto, la acera izquierda, como debía ocurrir en una ciudad civilizada como es Turín. Pero en las cercanías del «Teatro Turinés» perturbóse su serenidad. El co-brador exclamó:

—He aquí las de la huelga.

Y vimos venir hacia nosotros por el puente de la Benne, un largo cortejo de mujeres de todas edades, que llenaban toda la calle, levantando polvo como un rebaño, y haciendo llegar hasta nosotros como el murmullo sordo de un río que ha roto sus diques. Eran las obreras de no sé qué fábrica del Parque, que holgaban hacía dos días, y que iban á la Prefectura. El caballero se volvió bruscamente para mirarlas, y en su rostro se advirtió un cambio instantáneo, maravilloso, como si alguien le hubiese arrancado de pronto las vísceras. No era posible comprender de mejor manera lo que pasaba en su alma, aunque hubiera hecho un discurso. Entendía que el hecho solo de haber una huelga, dejando aparte si tenían ó no razón las huelguistas, ofendía violentamente todos sus instintos y pensamientos, y le producía el efecto de un abuso enorme, de una viola-

ción temeraria de todas las leyes, de una perturbación criminal del orden social y natural, como si hubiese visto las casas y los árboles del paseo romper filas y bailar la tarantela. El tranvía dejó paso al cortejo, pero él continuó mirándole, volviendo atrás la cabeza, á pesar de ser aquella una posición incómoda, con la frente tan arrugada, con los ojos dilatados y torvos, con una expresión tal, que daba lástima. De tal manera le veía, que no podía soportar el espectáculo de aquella «anomalía» en aquel paseo tan recto, entre aquellas casas tan iguales, en aquel su Turín tan bien arreglado y con tan hermosos paseos, que sufrí quizá tanto como él sufría. ¡Pobre caballero Bicchierino! Se veía que no era por cuestión de mal corazón; su rostro decía que era capaz de comprender y sentir las miserias humanas, dar la razón á los débiles cuando pedían lo que era justo y razonable. Pero era que la piedad, el sentimiento de la justicia y tantas otras bellas cosas, se entraron en su imaginación fácilmente con aquellas cuatro ideas plantadas en los cuatro ángulos de su mente, como los cuatro soldados alrededor del monumento de Carlos Alberto, es decir que las huelguistas debían holgar sin cesar en su trabajo, é ir á la Prefectura una á una de puntillas, por distintas calles, con una hermosa hoja manuscrita en la mano, en la que estuviesen expuestas y explicadas las causas de su huelga. Era un buen hombre aquél, pero tenía la manía de sus preocupaciones.

Lo noté en aquel mismo trayecto á una vuelta de la calle Vanchiglia, viendo cómo una familia daba el último adiós en la estación del tranvía á una persona querida suya que iba hacia la estación de Puerta Nueva. Era una muchacha la que marchaba, su anciano padre y una her-

mana suya la dieron un abrazo: la madre de la muchacha la estrechaba contra su pecho, llorando amargamente; el cobrador y el cochero no se atrevían á protestar del retardo; todos los mirábamos conmovidos; pero el primero en tomar el paquete que llevaba la muchacha, fué el caballero «Bicchierino», con un ademán tan respetuoso y tan compasivo, que juré no darle jamás un disgusto.

*
* *

Lástima que no estuviese él... pero no, porque aunque conmovido, hubiese visto en aquella escena un ejemplo de confusión que podría ofender en su alma el sentimiento del orden social. Pero para mí fué la escena más agradable que he presenciado en la *Carrozza di tutti*. La jardinera se paró en el ángulo de la calle María Cristina, esquina á la de Baretti, donde esperaba á un anciano con la chaqueta sobre el hombro, sostenido por el brazo de un joven que le ayudó á subir, haciéndole algunas recomendaciones, y se despidió de él diciéndole:

—¡Arriba!

Aquél se sentó á la izquierda de una hermosa señorita rubia, una adolescente precoz con el rostro de niña, á la cual los cabellos de oro, la carne rosada y el vestido blanco, daban un esplendor difuso, y cada vez que sonreía á la doncella, sentada á su derecha, parecía un astro que brillaba entre dos luces, revelando en su rostro los pensamientos del todo infantiles. El obrero se comprendía que estaba bajo el peso de una enfermedad repentina y constreñido á dejar el trabajo. Tenía todavía el sombrero de lado, bajo el cual asomaban algunos cabellos grises en desorden, como si se lo hubieran puesto de cualquier manera al levantarle del suelo; estaba como dormido, con el rostro mortecino y la barba sobre el pecho, y sus ojos expresaban aquel sentimiento de tristeza miedosa, que queda después de un mal repentino, en aquella edad próxima pariente de la muerte. Delante y detrás de él había señoras y niños elegantes, en los otros bancos la misma gente de costumbre; por una y otra parte un movimiento continuo de abanicos y sombreros. En un momento dado, en tanto que el carruaje desembocaba en el paseo Victoria, se oyó un grito. Era la señorita rubia, sobre la cual el trabajador, presa de una congoja, había dejado caer la cabeza sobre su hombro. Su primer impulso fué apartarse; pero se repuso en el acto para coger al viejo, y no pudiéndolo sujetar con una mano, le atrajo hacia sí, haciendo un supremo esfuerzo con toda su personilla, para colocarle en posición cómoda, apoyando cariñosamente contra su hombro la cabeza muerta, que volvió á caer pesadamente perdiendo el sombrero. Todo esto ocurrió en un momento. ¡Valiente muchacha! En pocos segundos se sucedieron en su hermoso rostro, al terror, la resolución, al horror, la piedad. Estaba her-

mosa y angelicalmente bella, pálida por la emoción, pero firme y casi altiva, con aquella frente espléndida inclinada hacia aquella pobre cabeza de pobre obrero sin vida, que se apoyaba sobre ella como sobre una hija. El tranvía se paró, acercándose algunas personas para hacerse cargo del enfermo, pero un frasquito de esencia que había pasado de mano en mano, le hizo recobrar el sentido, abrió los ojos y alzó de nuevo la frente. La señorita recogió el sombrero abollado y lo puso sobre la cabeza del anciano, arreglando con su pequeña mano los cabellos grises desordenados, y colocó la chaqueta en su espalda, ayudándole á bajar. En tanto, el anciano se alejaba acompañado de dos guardias, y cuando el tranvía volvió á emprender la marcha, conmovida toda su alma y oprimida por conmociones diversas, sonrió primero á los pasajeros que la miraban, y luego rompió á llorar.

¡Oh bendita *Carrozza di tutti*! ¡Y todavía hay quien te quisiera ver desaparecer! Fué una verdadera dicha la que hizo entrar en el tranvía á un médico que subió en la calle Lagrange, en uno de los coches donde me había refugiado yo, para resguardarme de la lluvia que caía.

Era aquel un buen señor muy barrigudo, con el cabello rojo y anteojos verdes. Tronaba contra el tranvía, hablando con un amigo sentado enfrente; pero los demás le escuchaban riendo y celebrando sus ocurrencias. Tenía muy cerca un joven de unos dieciocho años, fuerte como un roble, que no era capaz de ir desde la plaza de Saboya á la de Venecia, sin hacerse arrastrar por un buen par de caballos. Decía el viejo que es un verdadero escándalo lo que sucede con eso de los tranvías. Todos los que tienen un par de sueldos, no andan. Se conoce que la raza iba sien-

do cada vez más débil, puesto que tenían necesidad del tranvía para hacer un trayecto de medio kilómetro. Afirmaba que los tranvías son institución funesta para el porvenir. Se han suprimido el paseo estimulante de antes del almuerzo, el paseo digestivo después de la cena, los paseitos habituales desde casa á la oficina. ¿No véis cuánta obesidad se advierte por Turín, desde diez años á esta parte? No hay que reirse de ello. Os digo que crecen los tejidos adiposos de un modo espantoso. Hay hombres de treinta años que parecen pavos, y hombres de cuarenta que parecen botas, y los que vivan dentro de cincuenta años, verán pasear por Turín tranvías que parecerán llenos de gallinas faraonas y de cerdos cebados expresamente para Navidad. Todos rieron la ocurrencia, y aunque yo también reía, me inquietó sin embargo un poco el temor de cargar con la responsabilidad de una mínima parte de culpa, á causa de este libro, de la futura gordura de Italia...

Y quedé pensativo ante aquella visión cómica de un pueblo de lunas llenas y barrigas infladas. Pero, pensé, por lo que hace al pueblo italiano... ya hace tiempo.